

# **Baktún 13**

Iliana Godoy

2015

**I El círculo sin voz**

# 1

Ajena al devenir la piedra aguarda,  
pregunta ¿qué es morir?  
desde su cerrazón  
ensimismada y sola.  
Su ser ahí es un mundo sin orillas,  
memoria coagulada del planeta,  
silencio imperturbable  
junto al agua nocturna del pantano.

Completud circular

donde el número "phi" vuelve al recuento  
y, como la nauyaca, digiere lentamente  
su esclavitud en fuga.

La noche que taladra su pupila  
se detiene en el cero a plena luz;  
himno a la permanencia,  
el cenit acontece.

### 3

Se refleja la piedra  
y es de líquida sombra su presencia,  
se retrata, y el lago  
es gravedad petrificada.

Pasa el viento y el agua no se inmuta  
mas la mirada crea las señales.

Cesa el viento y la onda se sumerge  
dentro del ojo abismo,  
agujero negro.

## 4

La inscripción y la piedra no se tocan,  
petricidad y huella  
se usurpan aboliendo  
efecto y causa,  
pero el ojo extraviado  
inaugura la cópula del signo.

La contorsión que narra sus historias  
reverbera en los glifos,  
imanta voluntades,  
sujeta los dos cabos de la soga  
en el umbral hermético  
de altares que son fauces y son nidos.

## 5

Siempre quise tener el corazón de jade,  
los ojos de obsidiana  
y los pies de basalto,  
mas la momia que me habita  
es de madera frágil,  
soy polvo de termitas,  
acaso sueño de cereales,  
garabato casual en un cielo sin nubes,  
pasto del tiempo,  
un parloteo sordo que se inventa y delira,  
olvido al fin sin redención.

Cierra los ojos piedra, no me mires,  
permite a mi ceguera poblarse de ilusiones,  
que el azúcar consuele lo amargo de mi boca  
y la sal purifique al sapo de mi lengua.

Deja que mi piel crezca como un manto;  
un plumaje de luz es la caricia,  
una gota de mar  
es toda lágrima.



Toma mi escalofrío, Piedra Madre,  
te coronó de luz con la centella  
fugaz de mis neuronas,  
holograma al que aspiro,  
salto que nunca habré de consumir  
aunque te labre un rostro y en tus labios carnales  
esboces inocente la sonrisa  
como si la garganta más profunda  
fundiera tu saliva con sus mieles.

No quiero saber cómo,  
no quiero saber cuándo  
y no quiero querer.

Es tu enseñanza.

**Il Siempre Babel**

Qué enfermedad la vida y su metamorfosis;  
latir de sobresalto,  
descolocarse siempre ante los ojos  
ubicuos de la nada.

Nuestra danza obsesiva,  
apenas levitada por frágiles huesos,  
es presa entre las fauces de la primera gruta,  
serpiente que fermenta bajo el sol  
su levadura hambrienta.

Vuelve una y otra vez la oscilación,  
su veneno desmiente los axiomas.

Se desmorona en polvo la fijeza;  
la duración es sólo un puño airado  
que esgrime ante la luz su prepotencia.

Nos corroe la insidia de un gemelo,  
bifurcación continua del camino  
hacia ninguna parte.

Fronteras, la alegría y el dolor  
son límites del péndulo,  
y una hoja translúcida atempera  
la navaja del sol  
que posa su calor sobre la piel desnuda.

Grita un coro de simios,  
cada nota estridente alcanza un clímax  
que ninguno se atreve a contrastar.

No hay música posible,  
tonalidades únicas, distintas,  
cumplen su compromiso en el instante,  
liberan su energía y se diluyen,  
porque el discurso es falso  
desfiladero de impotencia,  
permutación apócrifa, caída.

Nada es igual a nada, lo sabemos,  
mas nuestro ego impone el simulacro;  
la sucesión continua emite voces,  
escenario perverso donde nos proyectamos,  
y la interrogación se aleja acribillada,  
medra en el cementerio y perfecciona  
su asalto terminal.



El verbo desconoce su perfección inútil,  
su ir y venir cercado en laberintos;  
como la fiera agota cada día  
el aire de su jaula.

La mancha discontinua del jaguar  
infiltra el caos en su geometría.  
Imprevista celada  
donde surgen proteicas las formas  
de la alucinación.

Los fuegos de artificio se despliegan,  
cauda de pavorreal  
que la luna soñó en su noche insomne.

Hemos dibujado las constelaciones,  
toros, arqueros, animales míticos;  
en el plano virtual y transparente,  
la red que finge capturar estrellas.

De un punto a otro el túnel infinito,  
la recta entrecortada, balbuciente,  
tartamudeo y delirio que acallamos.

Flotan a la deriva las imágenes,  
el concepto fugaz es la burbuja  
que revienta en la risa  
y el olvido se olvida de olvidarse,  
porque ninguno elige  
ni recuenta la historia.

El lenguaje se eclipsa y rompe el dique  
su corona de llamas;  
el nombre transgresor emerge en sombra,  
vertiginoso alud de calendarios.

La palabra subvierte simetrías,  
desfasa el plano de identidad  
hacia un vórtice de espejos,  
y escapa de la fuente cancelando  
el anhelado acceso a la presencia.

Para ignorar el vacío,  
la incógnita sin ecuación.

No basta el nombre,  
ni el albergue del texto,  
es necesario  
desatar la incoherencia,  
deslumbrante cascada del azar,  
espejo de las nubes que reaniman  
la gota primigenia.

Es preciso soltar todo asidero  
porque la roca es pluma  
cuando no existe concreción ni borde.

### **III El conjuro y la fuente**

Se precisa inventar los nombres nuevos  
y revertir el código enmohecido,  
dirigir hacia nunca los engranes del tiempo,  
hacia lo no anunciado, al acto puro  
que en el claro del bosque se consagra.

Aquí y ahora ser sin jerarquías  
con la mirada esférica de quien no elige,  
despoblado de su sombra,  
porque sólo el aliento es la certeza  
que detiene a la muerte.

El grillo goza y rima  
sus noches que son años  
en letanía de inmensa latitud.

Fluir continuo del presente,  
la ardua negación de la memoria  
es renuncia al designio  
y aceptación del viento que nos mueve.



Densidad de una noche de lagartos  
dentada y sublingual avanza a tientas,  
funesta entre las lianas,  
lodo cuajado en milenarios  
músculos fríos que emergen  
al rayo vertical del mediodía.

El saurio desconoce el agua limpia,  
herida potencial en su pupila opaca,  
prefiere reforzar la distorsión,  
el tejido voraz, caleidoscopio.

Refractaria a la luz su armadura de escamas,  
reitera cada día el coletazo  
que pone de cabeza el orden conocido.

Se abre el herbazal a nuestro paso,  
despierta la fragancia un mundo minucioso  
de escarabajos incesantes,  
mínimo edén de cielo a las rodillas  
para ascender  
por el vagido del caracol,  
que desenvuelve su espiral  
en oleaje de viento,  
hacia el árbol cercado  
de vapor clorofila.

Aquí los ataviados  
con pendones de nube,  
recatan su silencio  
entre la brisa.

¿Quién escucha en el centro  
del cúmulo terrestre,  
desde el fondo del túnel,  
la raíz de un ombligo clausurado?

Tras el pulso binario de la danza,  
almendra invicta, la memoria sueña  
mudo equilibrio desatado en vuelo.

Círculos de copal rodean las auras  
y cae de bruces la sacerdotisa  
que esparce brasas.

¿Quién te enseñó a cantar conjuradora?

Juegas con el conejo de la luna

y con ámbar barnizas

la opacidad del mundo.

Niña poeta, ocultas en el canto

las tijeras que cortan entresueños

el vaivén del arrullo.

Tu conjuro lleva a puerto

mi corazón que agobia la intemperie.

Ancestral es la voz que te sustenta;

arropa la incertidumbre,

acalla el hambre mejor que los alcoholes.

Tu ristra de candelas,

alineación de astros

sobre fractura inmóvil.

La iglesia bosque de San Juan Chamula  
es nave de gallinas degolladas,  
aspersión del jarabe que trastoca  
al mundo en fiesta.

Quiero seguir en tu ebriedad sagrada  
niña conjuradora  
que con lazo invisible  
conduces al redil los descarriados  
y remiendas el aura de los vivos  
mirando a contraluz  
en el espejo humeante  
el vaho de los muertos.

Es tu hablar sin decir  
anzuelo solitario que congrega a las sombras,  
lámpara dulce en la caverna amarga  
cuyos brazos horadan el vientre de la tierra,  
como el hijo erosiona  
la juventud cautiva de la madre.

Porque no buscas perpetuarte,  
con la misma sonrisa  
saludas la abundancia y el día sin pan.

Sabes comer de tus palabras,  
atesorarlas para el sueño;  
transmutas orfandad en letanía.

Conjuro de poder,  
salmodia ciega  
que adormece los perros de la duda,  
filamento de voz en busca del aliado  
que ata y desata el nudo del destino.

No es posible enlazarse a tus ensalmos,  
un eslabón de polvo nos divide,  
el abuelo común cerró la puerta  
y su rostro se oculta en la montaña.

## **IV Silbo del Venado**



Sobre un caballo bronco  
escalo desbocada  
la cumbre de El Quemado en Wiricuta,  
oro sobre carbón,  
diamante contra herrumbre.

Retrocedo a los círculos de piedra,  
caminos despoblados;  
tintinear de listones y rumor de plumas  
me distraen, y el enigma  
bisbisea su risa  
aguda monte abajo.

Sigo lejos del centro,  
mirada, oído en fuga  
y después de la noche iluminada  
por el Venado Azul  
la basura rodea las tiendas frágiles,  
latas de pudrición y cinismo de plástico.

En el altar el híkuri empolvado  
envejeció cien años,  
y el desierto vomita paliacates arteros,  
vergüenza de lo humano.

Una geometría inerte, anterior a la luz,  
refugia en el origen de mis nervios  
su sueño encabritado.

Alerta la punción de la aguja más fina  
copula con el cactus erizado de muerte  
y recorre mi sangre su aridez.

Reloj de polvo mide  
la quemazón eléctrica  
de mi ansiedad en llagas.

Se hinchan las esporas carne adentro  
sus gérmenes renuncian  
al agua bienhechora  
y revientan sangrantes.

Siguen muriendo ancestros  
en el reblandecido corazón del llanto.

Exiliados del águila,  
imperio de planicies y derrumbes,  
hormiguero de órbitas vacías,  
continúan vigilando.

A un paso de la locura  
se tejen las espinas del insomnio  
y el único refugio es la oración  
en la que no creemos,  
repetición sin brújula que evade  
la temida certeza:

Aquí han estado los que decidieron irse,  
quienes navegan sin salida  
la entraña de la piedra,  
sus nubes del no hacer  
y suspensión del juicio.

Ellos son otros,  
modelaron su órbita  
alrededor de un astro inexistente  
que repite el absurdo sin cansancio.

Acosan al abismo  
y en la pendiente de la paradoja  
construyen su morada.

Insisten en caer,  
los señalados  
no están vivos ni muertos  
y su presencia nos recuerda a golpes  
el total desvarío.

La lucidez rescata su dominio,  
retorna la conciencia cautelosa  
con un tatuaje inédito.

Al final del camino hay una antorcha  
que no cesa de arder.

De pronto alguien descubre  
cómo hablar desde el sueño  
y el doble que lo habita  
se convierte en un dios.

El umbral es la ley,  
ir y venir hasta el hartazgo  
y abastecer de sangre a los fantasmas.

Metal al rojo blanco son las letras,  
fragmentos clandestinos,  
cicatrices secretas bajo la piel.

Urna de luz que se transmuta en ruina,  
el poema respira un aire ausente,  
nos echa en cara el paso que abortamos  
cuando dimos la espalda al paraíso  
en fecundo delirio que reitera  
sus fastos incesantes,  
crepúsculo carnal de las delicias.



Un día no es posible regresar  
porque la puerta es nunca  
en el muro de siempre.

Estallido en mitad de la frente  
hasta alcanzar la desmemoria,  
*Crazy diamond.*

Una vida monótona de comer y dormir  
suplanta al Semidiós  
que insiste en ser un sueño,  
la belleza fugaz de una fotografía  
en la eterna demora de la pausa.

Ídolo aristocrático, elefante efervescente,  
agitando los brazos en el aire,  
se derramó en el escenario  
y se hundió para siempre en el oxígeno  
de su ignición sagrada.

Lejos del heroísmo  
la búsqueda sin freno  
consumió su condena  
sin alcanzar el clímax.

Abstinencia es desahucio  
que desteje quimeras cada día  
y le rinde tributo al equilibrio  
aceptando derrotas como herencia mortal.

Sólo queda el hastío  
la fatiga del ser aguijoneada  
por cobardes venenos que no matan  
ni cesan de infiltrarse  
en la sangre inocente  
que ignora su adicción y se intoxica  
como ofrenda suprema.

Mas la magia perdura,  
redime sus heridas,  
hace brotar las rosas del estiércol  
y el perfume embalsama el cadáver del vicio.

Preso en el aire inmóvil  
medra el verso,  
testimonio de estrellas moribundas.

Sueño que danza al agotar  
el territorio vasto de la noche  
y a punto de alcanzar la ingravidez  
naufraga en circunloquio.

**V Samsara**

¿Es verdad el dolor?

O es seducción del miedo

su relincho a media noche,

su creciente que arrasa.

Plétora de presencia,

la noche es catafalco que convoca

un paroxismo eléctrico

que azota los impulsos en el nudo del ser;

y con el agua al cuello

se busca desgajar

la granada inminente,

exponer sus tortuosas fisuras al silencio,

zanjar de agua purísima

la pústula más negra.

El pensamiento avanza  
en capilar rizoma  
hasta calar el plato roto  
de la araña oscilante,  
señal que intensifica su poder  
en la lengua de Tántalo.

Tributo a la ansiedad,  
acechan el deseo y su complacencia  
con la leche que nunca ha de saciarnos.

Obsesión reiterada  
que exacerba carencias,  
las manzanas se alejan  
y el desierto galopa tras la sed.



Nos aferramos a la eterna prórroga  
que renueva el armisticio  
y pospone la amenaza  
del día que no veremos.

Más allá del deseo y el temor  
la plenitud reinventa su ímpetu en verano  
y decae en invierno.

La pérdida no existe  
cuando todo es ajeno y provisorio.

La profecía desata su catarsis,  
habla por el oído,  
escucha por la boca,  
revela sin doctrina,  
recorre la creación  
eslabonando claves, tesituras y cantos  
al báculo vidente que soporta  
selvas y catedrales,  
intimas sinfonías levitadas  
por un pájaro ciego.

La voz sin voluntad  
se abandona al torrente, y sus destellos  
ciñen el cráter instantáneo.

La inercia de la sangre,  
es reino que se inmola  
en sacrificio cruento ante las bocas  
insaciables del mito.

Al fondo del poema

sueña el vacío su deslumbramiento,

nutre de enigmas el diccionario,

vibrante incertidumbre que renuncia a la fe.

Automatismo ciego de la flecha

da en el blanco.

Es el ojo del cíclope  
donde naufraga el rostro de Medusa  
y su progenie paralítica.

Sucesión de fragmentos engarzados  
a la espuma del ritmo,  
el paréntesis roto  
entre el instante previo y el olvido  
insiste en preguntar.

El presente de pronto  
irrumpe en la respiración,  
se rompe el bloque de basalto  
y emergen las facciones inmutables  
del rostro verdadero.

Cicatrices destronan  
dinastías angélicas  
de nunca tocar fondo,  
y la pupila pétrea no mira nada,  
nivela el horizonte a media altura  
entre vigilia y sueño.

Finalidad sin fin que enciende su energía  
en sinfonía de soles,  
cuenco vibrante,  
cúpula de altura,  
templo cautivo del eterno ahora.